

15. EL TRIGO Y LA CIZAÑA

Introducción. En la fe podemos correr el riesgo del infantilismo, de conformarnos con la “fe del carbonero”, en el que preferimos que las cosas nos las enseñen, nosotros acogerlas de forma acrítica, solo aceptar y obedecer. Ciertamente es más cómodo escuchar y asentir, que recorrer libremente caminos que nos hacen responsables de los aciertos o errores que podamos vivir. Es más fácil seguir el Google maps que intentar llegar a un destino recordando y haciendo memoria de la última vez que fuimos. Es más fácil ser como niños caprichosos a los que les basta una explicación buenista e ingenua de la realidad en la que Dios siempre lo hace todo bien y es el bueno, y todo lo malo y defectuoso es culpa de lo humano. El deseo de Dios no es paralizar la iniciativa humana, ni que vivamos en el miedo a la libertad. Jesús habla de plenificar la humano, de llevarlo a la perfección. **«Hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo» (Ef 4,13-15).** En este contexto de ver lo humano y lo divino, no como fuerzas enfrentadas o contrarias es donde se puede captar mejor la profundidad de la parábola que vamos a contemplar esta semana. El trigo y la cizaña hacen referencia a dos plantas que crecen juntas hasta la cosecha, siendo la cizaña venenosa y muy similar al trigo en su etapa temprana, que Jesús utiliza en la parábola bíblica donde un enemigo siembra cizaña entre el trigo en el campo, simbolizando la mezcla de lo bueno y lo malo en el mundo hasta el juicio final. Aunque ambos crecen juntos, al final serán separados: la cizaña se quemará y el trigo se guardará, reflejando la diferencia entre los frutos del Espíritu y los frutos del egoísmo y el narcisismo al fin de los tiempos y en nuestra vida aquí y ahora.

Lo que Dios nos dice. *«Les propuso otra parábola: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. Él les dijo: “Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejados crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”» (Mt 13,24-30).*

La pregunta es: ¿De dónde sale el mal, el sufrimiento, lo negativo? La parábola explica la misteriosa permisión del mal por parte de Dios y su extirpación definitiva. La primera parte, la permisión del mal, se da actualmente en la tierra y se dará hasta el final de los tiempos. Por esta razón, no debe escandalizar la existencia del mal en el mundo. Hay un trabajo de confianza que es aprender a integrar lo negativo en la propia vida. La segunda parte no se dará en esta tierra, se nos desvelará en el cara a cara con Dios donde encontraremos la explicación definitiva a todo lo que ahora nos cuesta entender. Tendrá lugar después de la muerte por medio del juicio, cuyo símbolo es la siega; descubriremos el cielo y el infierno en todo lo vivido. En esta parábola, se enfatiza la realidad de que en este mundo conviven el bien y el mal: el amor desbordante y la fuerza destructiva de la ignorancia y la maldad. La parábola anima a mantener la paciencia y misericordia de Dios al dar tiempo para que crezcan y se desarrollen las plantas y nuestras vidas. Pero también habla sobre la justicia de Dios. En su momento, él separará por toda la eternidad el bien del mal, dándole a cada uno su recompensa. Los trabajadores de la finca se dieron cuenta de que había dos cultivos creciendo juntos: el trigo y la cizaña. La planta de la cizaña es muy parecida a la del trigo. Sin embargo, los trabajadores eran expertos. Reconocieron la diferencia y fueron a preguntarle al dueño si él había sembrado cizaña junto al trigo. El dueño se asombró y dijo que no. Llegó a la conclusión de que era obra de un enemigo y ellos le preguntaron si debían arrancar la cizaña. El dueño de la finca les dijo que no, pues al ser tan similares, se corría el riesgo de arrancar el trigo junto con la cizaña.

Como podemos vivirlo. ¿La solución? Dejar que crecieran juntos hasta la siega. En ese momento, será más fácil diferenciar las plantas, los siervos tendrían que recoger primero la cizaña para atarla y quemarla. Pero el trigo lo pondrían en el granero como testimonio de la gran cosecha. Jesús no explicaba siempre sus parábolas, pero en esta ocasión sí lo hizo. Necesitamos esperar que llegue el Reino a pesar del sufrimiento.